



cesario poner tanto entusiasmo y nos miraban con un cierto reproche avergonzado aunque algo oblicuo, ladeando la cabeza simulando esquivar en el rostro el azote del viento o afianzar sobre el hombro el extremo de la bufanda que no paraba de revolotear.

-Siempre nos había sido difícil - comentó en cierta ocasión Telma comiendo pipas de calabaza frente a la chimenea, de pie y con un pañuelo anudado a la cabeza y dejando caer las cáscaras al suelo -; jamás habíamos llegado donde expertos asegurasen que se tenía que llegar y, un poco ansiosos... - se le habían terminado e hizo un silencio mirando alrededor hasta dar con el plato -, no, son muchas..., habíamos tomado la determinación de buscar lugares en que la situación resultase comprometida.

-Por ver si de ese modo conseguíamos algo - aclaró Dina mirando con enojo las cáscaras y, agraviada -: Ya he barrido tres veces, ¿querrás decirme de qué sirve si tú sigues manchándolo?

-Tampoco tienes mucho más que hacer - pero volvió a dejar las que tenía en la mano.

-Es igual, yo barreré esta vez - Emilia, para añadir en tono vehemente "nosotros también" y referir recogiendo el pelo -: habíamos ya desfilado por varios que nos parecían lo bastante atrevidos como para poder actuar bajo el temor de sobresaltos.

-Bueno...atrevidos - sopesó Filippo, no queriendo dejar a la concurrencia en la ignorancia de que su sentido de osadía iba mucho más allá -, los corrientes como cines y ascensores y museos...

-Y salas de espera de abogados y médicos - ella.

-Sí - él, con gesto desabrido -; y, una sola vez, en una iglesia sin que los logros nos dejaran enteramente satisfechos.

-Nos habían mirado un poco, sí - ella, reacia a que él la desplazara -; pero sin demasiada sorpresa y continuando cada quien a lo suyo, sin increparnos ni hacer nada que pudiera alterar nuestro ritmo.

-Pues igual entonces que a nosotros - Lucano, dedicando una mirada cómplice a Eloy que asintió y a juzgar por su son